

## EL ABUELITO

Furioso arrojaste los zapatos de lana que te tejió tu nieta al fondo del cajón. Te los hice abue para que no pases fríos en las noches. Cuando repitió la palabra abuelo, ahora fue abuelito, te dieron ganas de cachetearla. Felicidades abuelito, dijo. Y tú contestaste, gracias, mi cielo.

¿Te es tan difícil comprender que ya estás en la última etapa de la vida? Esa noche te acostaste nada más en calzoncillos y trataste de hacer el amor a tu mujer. Ella sonrió y en lugar de agradecerte el esfuerzo se preocupó de que no te enfriaras, te arropó como a un bebé y te ofreció un té caliente, lo que tú rechazaste.

Los siguientes tres días tuviste que estar en la cama por el resfriado. Tu único pensamiento en ese tiempo fue buscar la forma de demostrarles a todos, desde la nieta hasta su mujer pasando por hijos y amigos que no eras viejo.

Lo primero que se te ocurrió fue salir todos los días a las seis de la mañana a correr al parque acompañado por tus tres nietos y tu yerno. Todos ellos rieron cuando se los propusiste y a ti te dio gusto que no aceptaran el reto pues las mañanas estaban muy frías y muy grises, además el calorcito de la cama es de lo más agradable. También agradeciste que no se hiciera esto acordándote de los dolores que te dan en las articulaciones si te enfrías.

Otra de tus ideas fue inscribirte en alguna escuela, colegio o facultad para estudiar lo que fuera: idiomas, paleontología, filosofía, historia, computación, cibernética. Sobre todo esto último. Querías saber todo lo que se hace en ese nuevo mundo de la cibernética. Por supuesto que también tuviste que rechazar esta idea.

Si no encuentro mis lentes, si no me acuerdo como se llama el amigo con el que cené la noche anterior, si ya no me acuerdo cuál fue el presidente anterior al actual, menos me voy a aprender lenguas extranjeras, matemáticas o lo que sea, te dijiste y te pusiste a hacer una pequeña prueba para estar seguro. ¿Cómo se dice adiós en alemán?, te preguntaste. Eso siempre lo habías sabido. En otros tiempo hubieras contestado al segundo que aufwiedersehen. Después te preguntaste en que fecha colgaron en Italia a Mussolini ya muerto? Levantando los hombros dijiste: ¡Sabe! La tercera pregunta fue cómo se llama esa actriz tan hermosa que siempre te cautivó. Por supuesto que no recordaste el nombre de María Félix por más vueltas que le diste. Te acordaste de la Garbo, de Dolores del Río, de Miroslava, pero no de ella.

Otras de tus ideas rechazadas fue competir en comida, en bebida. Te acordaste de tus úlceras y estreñimientos. La de poner una casa chica con otra mujer te dio risa nomás. Si ya con tu mujer... menos con otra. ¿O no?

¿Ya te dije que te ves ridículo con ese color negro zapato con que te pintaste el poco cabello que te queda y los bigotes?

Otra cosa que te iba a reclamar es el que quieras seguir siendo el manda más de la casa. Ya nadie te toma en cuenta. Acéptalo. Que tus nietos hagan lo que se les antoje, que tu yerno compre su casa en la colonia que él escoja. Ya basta de que te la pases diciendo que en tus tiempos esto y lo otro. En tus tiempos por supuesto nadie compraba una casa en Satélite. Eso era tan lejos como ir a Querétaro o a Jalapa. Ahora ya no.

Y ya basta, no sé por qué has agarrado la maña de venir a platicarme todos tus problemas. Ya sé que nos conocemos desde hace años y no en balde nos hemos mirado la cara desde que tú eras un escuincle mión. Yo vi el agujero en tu boca cuando se te cayó tu primer diente, fui testigo de cuando te empezó a crecer el bigote, me preguntaste que qué hacías para que desapareciera el acné, frente a mí ensayaste sonrisas, gestos y gritos. A mí me dijiste la primera grosería, la repetiste tres veces con una gran sonrisa en la boca. Lo mismo hiciste cuando te atreviste a fumar. Yo tuve que soportar tu tos.

Apenados los dos, yo por ver y tú por mostrar, me ofreciste la imagen de tu cuerpo desnudo y aún más audaz me presumiste tu erección, no sé si la primera. Ya eras todo un hombre, dijiste.

Vi con gusto el brillo de tus ojos cuando te enamoraste de aquella María. Más tarde vi las ojeras que tenías por pensar en la noche en ella y tener que preparar al mismo tiempo tus exámenes finales.

Me reí de ti cuando llegaste asustado a mostrarme tu piel para que te dijera si no te habían contagiado en tu primera experiencia sexual.

¿Cuántas horas nos habremos contemplado durante todos estos años? Cientos, por no decir miles. Solamente dejé de verte cuando te marchaste al extranjero para terminar tus estudios. Cuando regresaste traías esa barba ridícula que por dicha te quitaste en poco tiempo.

Tanto te he visto que puedo leer tus pensamientos y saber todo lo que haces o piensas durante el día. Nadie, ni tu mujer, ni tus hijos, nietos o amigos te ha conocido mejor que yo. ¿O acaso ellos han visto como van pudriéndose tus dientes hasta desaparecer o como tus cabellos se vuelven canos y caen uno a uno? Yo he visto como

te aparecen manchas en la cara, como tu vientre se hace prominente y tus músculos se hacen flácidos. Te he visto furioso pujar en el excusado al querer vencer el estreñimiento. Sólo frente a mí te atreviste a llorar cuando murió tu madre. Conozco tus miradas de codicia, rencor, piedad, gusto, alegría y todas las que gustes y mandes. A todos puedes engañar menos a mí. Siempre he sabido de tus abusos a los demás y cuando has querido ayudar a otro. Mejor que nadie sé el momento en que te retiraste de la religión para regresar a ella varios años después.

Ahora te molesta que te refleje tal cual eres. Por mí te quitaría las arrugas, la mirada miope, el tic de tu boca. Pero no puedo. Tengo que retratarte cómo te encuentras en este momento.

Si quieres que te de mi opinión, te diré que eres un viejo agradable, pero viejo, eso sí. No te enojas y menos me amenaces con romperme con tu zapato. Recuerda que es mala suerte. Siete años por cada pedazo.

Si esto fuera cierto yo me rompería en cientos de pequeños espejos para que tú sumes varios sietes y los agregues a tu vida.

Acepta que los dos ya estamos más para allá que para acá. Yo ya estoy opaco y con dificultad reflejo tu cara. En poco tiempo seré inservible y me tirarán a la basura. Comprarán un espejo cibernético, que ya habrá salido al mercado en esas fechas.

Tú correrás mejor suerte que yo. A ti al morir te arroparán y te colocarán en medio de sedas.

Ya, ya deja de mirarte en mí. Por más que le hagas no volverás a ser joven nunca. Mejor vete a dormir y apaga la luz para que yo también descanse.

Nos vemos mañana al amanecer, como todos los días.

Tomás Urtusástegui

Febrero 2007